

Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2009,
vol. LXI, nº 2, julio-diciembre, págs. 261-280, ISSN: 0210-4466

DE LA HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA A LA HISTORIA DE LA SUBJETIVIDAD*

FROM THE HISTORY OF PSYCHIATRY TO
THE HISTORY OF SUBJECTIVITY

Enric J. Novella**

Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC

GOLDSTEIN, J., *Console and Classify: The French psychiatric profession in the nineteenth century*, Chicago, Chicago University Press, 2001, 2.ª ed., 434 pp. (1.ª ed. 1987) [ISBN: 0-226-30161-3]

GOLDSTEIN, J., *The Post-Revolutionary Self: Politics and psyche in France 1750-1850*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2005, 416 pp. [ISBN: 978-0-674-02769-5]

«Je ne pense pas qu'il faille essayer de définir la psychologie
comme science, mais peut-être comme forme culturelle»

Michel Foucault (1965)

La historiadora Jan Goldstein, profesora en la Universidad de Chicago, es, sin duda, una de las mayores y más reputadas especialistas actuales en la historia de las ciencias humanas dentro del contexto específico de la Francia de los siglos XVIII y XIX. Si *Console and Classify*, su minuciosa reconstrucción del surgimiento y la consolidación profesional del alienismo francés a lo largo del siglo XIX, alcanzó pronto el rango de un clásico de la historiografía psiquiátrica por la riqueza y profundidad de sus contenidos y el extraordinario despliegue de fuentes primarias y materiales de archivo consultados, su último libro, *The Post-Revolutionary Self*, está llamado a convertirse en una obra de referencia para todos aquellos investigadores interesados en el desarrollo teórico e institucional de los saberes psicológicos en el tránsito hacia la Modernidad y su estrecha interdependencia con la pro-

* Trabajo realizado en el marco del proyecto HAR2008-04899-C02-01 (Ministerio de Ciencia e Innovación).

** Investigador contratado doctor (Programa JAE-Doc). Dirección para correspondencia: C/ Albasanz 26-28, 28037 Madrid (España). Correo Electrónico: enric.novella@cchs.csic.es

gresiva implantación de las nuevas formas de autocomprensión y reflexividad del sujeto que suelen subsumirse bajo la rúbrica de la cultura moderna del yo o la subjetividad¹.

Centrado nuevamente en el caso particular de la Francia posrevolucionaria, el libro retoma en gran medida el planteamiento historiográfico asumido por Goldstein en *Console and Classify*, cuya reedición del año 2001 incluye un epílogo en el que la autora esboza una interesante reflexión teórica a partir de algunos resultados expuestos en la edición original de 1987. En ambos casos, su aproximación puede definirse como una suerte de *histoire totale* de la evolución de los saberes y prácticas científicas, cuya particular contingencia histórica queda subrayada por medio de un deslumbrante ejercicio de contextualización biográfica, social, política, cultural e incluso económica que, no obstante, no desatiende en ningún momento el examen de la elaboración y coherencia interna de las posiciones teóricas abordadas. En cierto modo, el empeño de Goldstein puede caracterizarse como una historia de la ciencia que, agotando el rendimiento de las fuentes primarias y de archivo en la reconstrucción del desenvolvimiento histórico concreto de una determinada disciplina o ámbito de conocimiento, procede a lo largo de tres ejes principales que, a su vez, se relacionan con diversos procesos constitutivos de la historia contemporánea. En primer lugar, el eje de una historia *intellectual* que explora la evolución e institucionalización de determinados discursos científicos en el marco del largo proceso de racionalización y secularización del saber que acompaña a la Modernidad. En segundo lugar, el eje de una historia *social* particularmente atenta a la configuración de estrategias profesionales en el seno de una sociedad marcada por la especialización y la división del trabajo. Y, por último, el eje de una historia *política* que intenta desentrañar la imbricación de los saberes y prácticas científicas con los resortes e intereses del poder en el contexto del moderno despliegue de formas disciplinarias de control social y de aparatos estatales crecientemente burocratizados².

En este sentido, otro elemento de continuidad entre los dos trabajos de Goldstein es su reconocida inspiración *foucaultiana*, si bien con algunas diferencias importantes con respecto a las herramientas teóricas y heurísticas de la obra de Foucault que le interesan de

¹ Para una visión preliminar de los hitos que jalonan el desarrollo histórico de la subjetividad moderna y de los aspectos fundamentales que la conforman pueden consultarse, entre otros, los trabajos de RENAULT, A. (1993), *La era del individuo: Contribución a una historia de la subjetividad*, Barcelona, Destino; TAYLOR, C. (1996), *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós; CRUZ, M. (comp.) (1996), *Tiempo de subjetividad*, Barcelona, Paidós; FETZ, R.L., HAGENBÜCHLE, R., SCHULZ, P. (eds.) (1998), *Geschichte und Vorgeschichte der modernen Subjektivität*, Berlín, De Gruyter; o BÜRGER, P., BÜRGER, C. (2001), *La desaparición del sujeto: Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, Madrid, Akal.

² Como se desprende de esta enumeración, Goldstein se remite a una multiplicidad de referentes teóricos que incluye tradiciones académicas como la sociología norteamericana de las profesiones o autores como Weber, Durkheim, Elias, Kuhn, Habermas y, por supuesto, Foucault. Con todo, y como se ha señalado, esta sofisticación teórica y la riqueza de las interpretaciones que pone en juego nunca la apartan de su aspiración de «explotar minuciosamente la naturaleza específicamente histórica de su objeto de estudio» (GOLDSTEIN (2001), p. 4), por lo que sus trabajos, como se verá, ponen un especial énfasis en la reconstrucción de la vida y obra de los actores históricos (individuos o grupos) implicados en la génesis, difusión e institucionalización del saber.

forma preferente en cada caso. Así, si *Console and Classify* se centra en el concepto de poder disciplinario y, de hecho, proporciona abundante material empírico que avala algunas de las tesis más célebres de *Vigilar y castigar* en cuanto al papel del primer alienismo francés como estructura de saber-poder íntimamente ligada al establecimiento del estado liberal³, *The Post-Revolutionary Self* se inspira y, en cierto modo, complementa algunos de los planteamientos del último Foucault con respecto a la problemática de la subjetividad. El concepto *foucaultiano* clave es, en este caso, el de las «tecnologías del yo», muy presente en los estudios sobre las prácticas espirituales de la Antigüedad contenidos en los dos últimos volúmenes de la *Historia de la sexualidad* y en las últimas conferencias y cursos en el Collège de France⁴. Como es sabido, Foucault definió estas tecnologías como aquellas

«que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad»⁵,

y se sirvió de este concepto para mostrar la contingencia histórica de distintos procesos o estrategias de subjetivación y su singular anclaje en la esfera de la razón práctica. Frente a otros instrumentos o narrativas con las que abordar la configuración histórica de la subjetividad moderna⁶, Goldstein se decanta explícitamente por la propuesta foucaultiana, si bien polemiza con la pretensión del propio Foucault de descartar las teorías filosóficas de la mente, las pasiones o el cuerpo como elementos relevantes en la constitución del sujeto. De hecho, historiando el auge entre las elites francesas del XIX del espiritualismo psicológico —con su particular énfasis en la introspección y el cultivo de una interioridad en la que debía aprehenderse la actividad voluntaria del yo o *moi*—, Goldstein, como veremos, llega a la conclusión de que la institucionalización y la implan-

³ Tal como explícitamente asume Goldstein en su epílogo de 2001 (Cf. GOLDSTEIN (2001), pp. 406-407). Sobre esta cuestión puede consultarse también GOLDSTEIN, J. (1984), Foucault among the sociologists: The disciplines and the history of the professions, *History and Theory*, 23, pp. 170-192.

⁴ Los textos más relevantes en cuanto a la definición y aplicación de este concepto son FOUCAULT, M. (1986), Introducción. En *Historia de la sexualidad*, Volumen 2: *El uso de los placeres*, Madrid, Siglo XXI, pp. 7-33; FOUCAULT, M. (1990), Tecnologías del yo. En *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, pp. 45-94; y FOUCAULT, M. (2005), *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*, Madrid, Akal.

⁵ FOUCAULT (1990), p. 48.

⁶ Goldstein se refiere, en particular, al planteamiento de Charles Taylor, cuya interpretación unitaria del papel de Descartes y Locke en la constitución del sujeto moderno —ambos son, para Taylor, forjadores de la misma disengaged reason capaz de objetivar los estados mentales y, por tanto, de asumir una posición de tercera persona ante ellos— permite, a su juicio, una escasa discriminación de las diferentes implicaciones y consecuencias de la obra de ambos. Véase TAYLOR (1996), pp. 159-192 y GOLDSTEIN (2005), pp. 15-17.

tación pedagógica de ciertas doctrinas filosóficas contribuyó enormemente a la difusión de determinadas tecnologías del yo de clara afinidad burguesa⁷.

Esta significativa divergencia con Foucault permite apreciar otro hilo conductor de los trabajos de Goldstein que los hace especialmente interesantes e instructivos. Como es sabido, la filosofía y la historiografía de la ciencia han prestado en las últimas décadas una gran atención a los condicionantes sociales y culturales que operan en la producción del conocimiento científico⁸, pero, si exceptuamos los numerosos estudios centrados en la abrumadora penetración cultural de la tecnociencia⁹, existen menos trabajos que aborden el modo en que algunas doctrinas científicas consiguen forjar, en un determinado momento histórico, marcos interpretativos y de autocomprensión que acaban gozando de una amplia resonancia cultural. En este sentido, si *Console and Classify* ponía un especial énfasis en el modo en que, más allá de sus disputas interprofesionales, la medicina mental consiguió articularse a lo largo del siglo XIX como «un conjunto de categorías y un modo de observar y hacer inteligible la conducta humana»¹⁰ que penetró ampliamente en la cultura de la época, *The Post-Revolutionary Self* insiste en la gran influencia que tuvieron determinadas doctrinas psicológicas —inicialmente, el sensualismo derivado de las obras de Locke y Condillac y, más tarde, el eclecticismo espiritualista de Victor Cousin— en las mutaciones experimentadas en la Francia posrevolucionaria por los patrones culturales de experiencia y problematización del yo.

Una vez planteadas estas consideraciones generales, el presente ensayo se propone esbozar un análisis detallado de los contenidos y aportaciones específicas de las dos obras de Goldstein, tratando de señalar algunas implicaciones de ambos trabajos para la historiografía de la psicología y la psiquiatría y para futuras investigaciones en el campo —todavía insuficientemente transitado en muchos aspectos— de la historia cultural de la subjetividad.

⁷ Cf. GOLDSTEIN, J. (1994), Foucault and the post-revolutionary self: The uses of Cousinian pedagogy in nineteenth-century France. En *Foucault and the Writing of History*, Oxford, Blackwell, pp. 99-115; y GOLDSTEIN (2005), pp. 13-15.

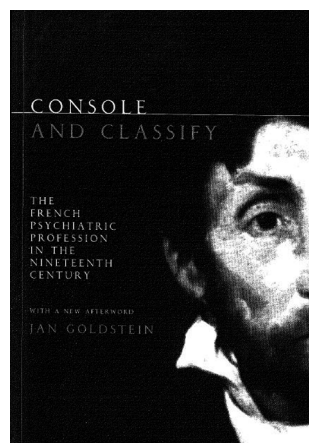
⁸ En este punto, cabe citar muy especialmente toda la tradición de sociología de la ciencia inspirada por la obra de autores como R.K. Merton, T.S. Kuhn o D. Bloor, sobre cuya relevancia para la historia de la ciencia de las últimas décadas puede consultarse MORO ABADÍA, O. (2005), La nueva historia de la ciencia y la sociología del conocimiento científico: Un ensayo historiográfico, *Asclepio*, 57(2), pp. 255-280.

⁹ Aparte de los textos ya clásicos de la crítica cultural del tecnicismo moderno, entre cuya nómina de autores cabe mencionar a Husserl, Heidegger, Ortega o Günther Anders, pueden tomarse como representativas en este punto las obras de WINNER, L. (1987), *La ballena y el reactor: Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*, Barcelona, Gedisa; o POSTMAN, N. (1994), *Tecnópolis*, Barcelona, Círculo de Lectores.

¹⁰ GOLDSTEIN (2001), p. 6.

I

En el momento de su aparición, *Console and Classify* supuso una contribución relativamente novedosa a la historia de la psiquiatría en la Francia decimonónica. Frente a los clásicos de la historia crítica publicados a lo largo de las décadas anteriores, básicamente interesados en descifrar y/o denunciar la naturaleza de la operación asilar en tanto que paradigma constitutivo del primer alienismo¹¹, Goldstein se propuso historiar detalladamente el largo proceso intelectual, social y político que condujo en Francia, antes y quizá con mayor rapidez que en ningún otro país, a la consolidación profesional de la psiquiatría como especialidad y a una amplia difusión cultural de la medicina mental como marco interpretativo de la conducta¹². En ese sentido, y visto en perspectiva, gran parte de la originalidad del libro reside justamente en este novedoso énfasis en la profesionalización y en la historia cultural del alienismo, así como en la elección concreta de los hitos fundamentales de su evolución con la que Goldstein, apoyándose en el estudio de una gran cantidad y variedad de fuentes documentales conservadas en los archivos franceses, construye su relato.



Console and Classify ofrece, en primer lugar, una interesante descripción de los desarrollos teóricos e institucionales más relevantes que, durante el periodo prerrevolucionario, prepararon el camino a la síntesis pineliana. En sintonía con el planteamiento de otros autores que, como R. Porter, han tratado de explorar los orígenes de la psiquiatría moderna en el «largo siglo XVIII»¹³, Goldstein aísla tres factores principales en el proceso que conduciría a la gestación del alienismo: el creciente interés por parte de los regímenes despóticos ilustrados en la gestión burocrática o «policía médica» de la locura y de la población marginal recluida en hospitales, correccionales o casas de mendicidad¹⁴; la

¹¹ Goldstein se refiere explícitamente a la triada formada por FOUCAULT, M. (1976), *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 2.ª ed. (1ª ed. original de 1961); CASTEL, R. (1980), *El orden psiquiátrico: La edad de oro del alienismo*, Madrid, La Piqueta; y GAUCHET, M., SWAIN, G. (1980), *La pratique de l'esprit humain: L'institution asilaire et la révolution démocratique*, París, Gallimard. Para un balance crítico de la línea historiográfica iniciada con estas obras puede consultarse el reciente trabajo de CAMPOS, R., HUERTAS, R. (2008), Los lugares de la locura: Reflexiones historiográficas en torno a los manicomios y su papel en la génesis y el desarrollo de la psiquiatría, *Arbor*, 184, pp. 471-480.

¹² Véase la introducción historiográfica del libro (GOLDSTEIN (2001), pp. 1-7).

¹³ Cf. PORTER, R. (1987), *Mind-Forg'd Manacles: A history of madness in England from the Restoration to the Regency*, Cambridge MA, Harvard University Press, especialmente pp. 169-228.

¹⁴ El testimonio más destacado de este interés en el marco de la Francia prerrevolucionaria es la *Instruction sur la manière de gouverner les insensés et de travailler à leur guérison*

presión hacia la especialización en el seno de una profesión médica atenazada por la saturación (*encombrement*) y la competencia; y, por último, las aspiraciones de algunos teóricos muy influyentes de la época, particularmente P.J.G. Cabanis y el grupo de los Ideólogos, de convertir la medicina en una suerte de «corona de las ciencias humanas»¹⁵ que, en un sentido amplio, debía compendiar el conocimiento del hombre en su doble condición física y moral —atendiendo, muy especialmente, al esclarecimiento de los principios que rigen las interacciones entre ambas esferas¹⁶—. Si la aparición del alienismo puede interpretarse como un evento estrechamente relacionado con el ‘descubrimiento’ de la dimensión moral de la locura y como un proyecto de indagación sistemática en la subjetividad del loco¹⁷, la sugerencia de Goldstein de que «el programa antropológico de los Ideólogos actuó como una especie de comadrona para la psiquiatría» (p. 54) parece especialmente pertinente, pues permite entender el modo en que la medicina pudo validar y cultivar un «dominio específicamente psiquiátrico» justo en el momento histórico en que lo hizo.

El siguiente punto fuerte en la narración de *Console and Classify* es, como puede suponerse, una minuciosa reconstrucción de la trayectoria de Philippe Pinel (1745-1826) y de la génesis y los elementos distintivos del tratamiento moral en tanto que fundamento

dans les asyles qui leur sont destinés, redactada en 1785 a expensas del gobierno absolutista por los médicos J. Colombier y F. Doublet. Sobre la génesis del concepto de «policía médica» y los orígenes ilustrados de la medicina social y la higiene pública han de consultarse los trabajos ya clásicos reunidos en ROSEN, G. (1985), *De la policía médica a la medicina social: Ensayos sobre historia de la atención a la salud*, México, Siglo XXI.

¹⁵ Parafraseo aquí el título del conocido estudio de ARQUIOLA, E., MONTIEL, L. (1993), *La corona de las ciencias naturales: La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, Madrid, CSIC.

¹⁶ Como reza justamente el título de la obra más conocida de Cabanis, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, publicada originalmente en 1802. Sobre Cabanis y la nueva «filosofía médica» en la Francia del tránsito del siglo XVIII al XIX, pueden consultarse ROSEN, G. (1946), The philosophy of Ideology and the emergence of modern medicine in France, *Bulletin of the History of Medicine*, 20, pp. 328-339; ACKERKNECHT, E.H. (1967), *Medicine at the Paris Hospital 1794-1848*, Baltimore MD, The John Hopkins Press, pp. 3-12; o, con mayor detalle, STAUM, M.S. (1980), *Cabanis: Enlightenment and medical philosophy in the French revolution*, Princeton NJ, Princeton University Press.

¹⁷ Para Francia, este análisis ha sido desarrollado especialmente por M. Gauchet y G. Swain, pero se halla ya muy presente en la *Historia de la locura* de Foucault (Cf. FOUCAULT (1976), Vol. II, pp. 190-263). Trabajando con fuentes inglesas, R. Porter señala que «esta transición —el sentido creciente de un ‘yo’ o ‘personalidad’ como el fantasma en la máquina y un uso creciente de explicaciones ‘mentalistas’— fue vital en la emergencia de lo ‘psiquiátrico’» (PORTER (1987), p. 197). En Inglaterra, este proceso ha sido también analizado por SCULL, A. (1989), From madness to mental illness: Medical men as moral entrepreneurs. En *Social Order / Mental Disorder: Anglo-American psychiatry in historical perspective*, Berkeley CA, University of California Press, pp. 118-161; y en Alemania por KAUFMANN, D. (1995), *Aufklärung, Selbsterfahrung und die ‘Erfindung’ der Psychiatrie in Deutschland, 1770-1850*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 283-305.

doctrinal del primer alienismo. En este punto, Goldstein rastrea su origen no médico e incluso religioso en las figuras de los célebres *concierges*, boticarios y clérigos (los ingleses W. Tuke y J. Haslam o los franceses P. Poution y J.-B. Pussin), cuya experiencia práctica e intuitiva en los asilos les había llevado a adquirir numerosas destrezas en la ‘consolación’, distracción y manipulación carismática de la locura. En cierto modo, la aportación específica de Pinel no habría consistido sino en la apropiación y legitimación médica de estas prácticas por medio de una triple operación: insertándolas en un marco teórico coherente formado a partes iguales por elementos del sensualismo y la Ideología; conectándolas con las causas putativas de la locura por medio del concepto clave de las pasiones (a causas morales, remedios también morales); y sometiendo los resultados obtenidos en su aplicación a una rudimentaria evaluación cuantitativa. Goldstein subraya en todo momento este «populismo médico» de Pinel y su profunda inspiración rousseauiana, que permite entender, por lo demás, el temprano desarrollo de la ideología terapéutica del aislamiento y el idilio campestre y los motivos de la crítica cultural y de la civilización omnipresente en las formulaciones del primer alienismo¹⁸. En cualquier caso, las causas del éxito del tratamiento moral habría que buscarlas, por un lado, en la marcada afinidad política de su recurso explícito a los restos de razón presentes en el alienado con los ideales democráticos del período revolucionario —promotores de un reconocimiento de la humanidad esencial del loco¹⁹—, y, por el otro, en la afinidad cultural de su énfasis en la dimensión afectiva del ser humano con el progresivo florecimiento de la nueva sensibilidad romántica. Parafraseando a G. Gusdorf, Goldstein describe lapidariamente a Pinel como un «alma sensible reunida con un espíritu ilustrado», esto es, como un hombre de un tiempo en el que el romanticismo empezaba germinar rompiendo, pero también prosiguiendo y profundizando en la herencia de la Ilustración²⁰.

¹⁸ Para estos temas pueden consultarse todavía SCHRENK, M. (1967), *Zur Geschichte der Sozialpsychiatrie: Isolierung und Idylle als Therapeutik der Seelenstörungen*, *Nervenarzt*, 38, pp. 479-487; y ROSEN, G. (1974), Orígenes de la psiquiatría social: Tensión social y enfermedad mental desde el siglo XVIII hasta nuestros días. En *Locura y sociedad*, Madrid, Alianza, pp. 203-227; así como la síntesis más reciente de ROELCKE, V. (1999), *Krankheit und Kulturkritik: Psychiatrische Gesellschaftsdeutungen im bürgerlichen Zeitalter (1790-1914)*, Frankfurt, Campus.

¹⁹ Cf. GAUCHET, SWAIN (1980), pp. 485-515. Goldstein señala, en este sentido, que «las teorías evolutivas de Rousseau y Condillac que subyacen a la versión pineliana del tratamiento moral permiten superar la oposición estricta entre razón y locura, pues dan cuenta de cómo se pierde la razón —por los asaltos de una imaginación sobreestimulada o las demandas insaciables de las pasiones artificiales—, y hacen posible, de este modo, delinear un hipotético camino de vuelta desde la locura. El loco no es remitido ya a una completa ‘alteridad’, sino que es situado en un continuo con el cuerdo, con el que comparte las mismas estructuras mentales» (GOLDSTEIN (2001), p. 109).

²⁰ El estudio de Gusdorf al que se refiere Goldstein es GUSDORF, G. (1976), *Naissance de la conscience romantique au siècle des lumières*, París, Payot. Un trabajo ya clásico que enfatiza esta conjunción de elementos ilustrados y románticos tanto en la génesis de la psiquiatría como en la propia configuración de la Modernidad es DÖRNER, K. (1974), *Ciudadanos y locos: Historia social de la psiquiatría*, Madrid, Taurus. Sobre Pinel, por lo demás, es necesi-

Muy probablemente, la obra de Pinel hubiera tenido unas repercusiones mucho más limitadas si su principal discípulo hubiera carecido de la convicción, el talento organizativo y la capacidad de persuasión de J.E.D. Esquirol (1772-1840). Como es sabido, Esquirol es reconocido ampliamente como el gran iniciador de la clínica psiquiátrica, ese «trabajo de disección y pulverización atomística de la vida psíquica mórbida»²¹ cuyos resultados irían configurando y decantándose paulatinamente en la semiología del psiquismo construida por la nueva medicina mental²². Pero Goldstein, además, muestra con gran detenimiento cómo, alrededor de su figura y gracias a su decisivo patronazgo —que incluyó publicaciones, viajes, memorias dirigidas a las autoridades y, sobre todo, la formación y promoción de un estrecho círculo de discípulos y colaboradores que asumiría la dirección de numerosos establecimientos de alienados a lo largo y ancho del país—, el alienismo francés pudo consolidar un primer núcleo de actividad relativamente cohesionado y reivindicar para sí un amplio territorio de acción que acabó extendiéndose desde los asilos hasta los gabinetes ministeriales, pasando por los tribunales.

Si la presencia de una «política de patronazgo» efectiva constituye el primer elemento del influyente análisis que del proceso de profesionalización de la medicina mental ofrece Goldstein²³, el segundo elemento es la temprana formulación por parte de los alienistas de una serie de conceptos y categorías diagnósticas cuyo reconocimiento práctico debía legitimarles y avalarles como expertos frente a los legos u otros médicos. Por su carácter típicamente elusivo y su potencial aplicabilidad a casi cualquier conducta, ese importante papel correspondió inicialmente al concepto de monomanía, una atrevida elaboración teórica que postulaba la existencia de alienación mental en casos con un delirio circunscrito o una perturbación focal del psiquismo²⁴. Tal como describe magistralmente Goldstein, la monomanía devino en manos del círculo de Esquirol una herramienta de primer orden con la que la medicina mental creyó poder abordar nuevas tareas e incrementar su proyección

rio consultar los trabajos de D.B. Weiner, especialmente WEINER, D.B. (2002), *Comprender y curar: Philippe Pinel (1745-1826) y la medicina del espíritu*, México, FCE. Véase, asimismo, PIGEAUD, J. (2001), *Aux portes de la psychiatrie: Pinel, l'ancien et le modern*, París, Aubier.

²¹ La expresión procede de EY, H. (1952), *Études psychiatriques*, París, Desclée de Brouwer, p. 56.

²² Cf. HUERTAS, R. (2005), *El siglo de la clínica: Para una teoría de la práctica psiquiátrica*, Madrid, Frenia, especialmente pp. 45-72.

²³ De hecho, este modelo basado en el patronazgo ha sido uno de los aspectos de la obra de Goldstein que más influencia ha ejercido en la historiografía posterior. En España, por ejemplo, Rafael Huertas ha analizado en esos términos el decisivo papel de Juan Giné y Partagás (1836-1903) en la consolidación profesional de la medicina mental. Cf. HUERTAS, R. (2002), *Organizar y persuadir: Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1875-1936)*, Madrid, Frenia, pp. 82-96.

²⁴ La definición inicial de la categoría la proveyó en 1819 el mismo Esquirol en uno de sus célebres artículos para el *Dictionnaire des sciences médicales* editado por C.L.F. Panckoucke. El sentido del término que se hizo popular en la cultura francesa de la época fue el de una *idée fixe*, esto es, una preocupación mórbida pero aislada en un sujeto que, fuera de ello, podía estar completamente cuerdo. Véase GOLDSTEIN (2001), pp. 152-158; o HUERTAS (2005), pp. 72-86.

social: por un lado, contribuyendo a la detección clínica de las «tendencias espirituales» más significativas de la época para uso del poder político, y, por el otro, determinando con un supuesto rigor científico el grado de responsabilidad criminal en los tribunales²⁵. Como era de esperar, la doctrina de la monomanía generó una agria polémica por sus múltiples implicaciones forenses, filosóficas —a las que se aludirá más adelante— e incluso políticas, siendo acusada alternativamente de materialista, determinista o excesivamente liberal. Pero, a pesar de sus múltiples inconsistencias y su dudosa validez clínica, sólo fue abandonada de forma mayoritaria por los alienistas cuando, al cabo de unas décadas, su utilidad estratégica empezó a declinar y la profesión, más implantada y segura de sí misma, pudo esbozar y asumir otras posiciones teóricas y categorías más convenientes para sus intereses²⁶.

Dejando de lado el importante papel que, en este sentido, desempeñó la teoría de la degeneración —que, no en vano, ha sido objeto de algunos importantes estudios posteriores²⁷—, Goldstein contextualiza en términos muy similares la eclosión diagnóstica y cultural de la histeria a finales del siglo XIX. En su opinión, la aparición de la problemática nerviosa durante esa época generó un amplio mercado de intereses que forzó a los alienistas, sometidos a un descrédito creciente por la escasa reputación del medio asilar o por sus planteamientos filosóficos y políticos, a reconsiderar sus posiciones con respecto a los trastornos mentales menos severos y a embarcarse en un previsible proceso de «apropiación del *demi-fou*», esto es, de la vasta ‘zona intermedia’ entre la razón y la locura. De un modo análogo a lo ocurrido en los Estados Unidos con la descripción de la neurastenia por G.M. Beard²⁸, la obra en torno a la histeria de J-M. Charcot (1825-

²⁵ Sobre este tema puede consultarse también SAUSSURE, R. (1946), The influence of the concept of monomania on French medico-legal psychiatry, *Journal of the History of Medicine*, 1, pp. 365-397; o CASTEL (1980), pp. 183-201.

²⁶ Cf. GOLDSTEIN (2001), pp. 189-196; Véase también GOLDSTEIN, J. (1998), Professional knowledge and professional self-interest: The rise and fall of monomania in 19th-century France, *International Journal of Law and Psychiatry*, 21, pp. 385-396. Concretamente, el descarte de la monomanía se produjo a partir de la década de 1850, tras la celebración de un encendido debate en la recién fundada Société médico-psychologique y la aparición de varios artículos en los que algunas de las nuevas figuras del alienismo como J.-P. Falret o B.-A. Morel cuestionaban abiertamente su validez. El más conocido de ellos es FALRET, J.-P. (1854), De la non-existence de la monomanie, *Archives générales de médecine*, 3, pp. 147-164.

²⁷ Muy especialmente DOWBIGGIN, I. (1991), *Inheriting Madness: Professionalization and psychiatric knowledge in nineteenth-century France*, Berkeley CA, University of California Press. En el caso español esta cuestión ha sido estudiada por CAMPOS, R. (1999), La teoría de la degeneración y la profesionalización de la psiquiatría en España (1875-1920), *Asclepio*, 51(1), pp. 185-203.

²⁸ Sobre la historia cultural de la neurastenia, ampliamente conocida a finales del siglo XIX como la «enfermedad americana» y, en cierto modo, *pendant* masculino de la histeria, puede consultarse el volumen editado por GILSWIJT-HOFSTRA, M., PORTER, R. (2001), *Cultures of Neurasthenia: From Beard to the First World War*, *Clio Medica*, 63, Amsterdam, Rodopi.

1893)²⁹ y su patronazgo desde la Salpêtrière —donde, significativamente, se abrió una de las primeras policlínicas para «enfermedades nerviosas»— se convirtieron pronto en la punta de lanza de todo este proceso en la Francia de la Tercera República, cuyo fuerte impulso hacia la laicización de la sociedad contribuyó además a politizar el diagnóstico y reforzó notablemente la filiación anticlerical del alienismo y su vinculación con los intereses del Estado republicano³⁰.

Estos son, en una síntesis forzosamente breve, algunos de los contenidos más destacados del apasionante fresco que sobre la emergencia y consolidación del alienismo en la Francia decimonónica constituye *Console and Classify*. Otros temas abordados en el libro, pero cuyo tratamiento resulta quizá algo menos logrado, incluyen las ambivalentes relaciones de la emergente medicina mental con la religión y la filosofía, así como las circunstancias que rodearon la aprobación de la célebre ley de 1838 que reguló el régimen de internamiento y sentó las bases de la red pública de manicomios franceses. A pesar de la minuciosidad y rigor con que Goldstein reconstruye los hechos, se echa en falta en ambos casos una mayor profundidad interpretativa, y máxime cuando se trata de dos aspectos verdaderamente centrales para la historiografía psiquiátrica. Así, por ejemplo, no deja de ser llamativo que la opción mayoritaria del alienismo por el somaticismo, que condujo en pocas décadas a planteamientos pronósticos y terapéuticos totalmente contrapuestos al optimismo reeducador del periodo fundacional, no sea analizada por Goldstein con una mayor amplitud de miras³¹. Y lo mismo ocurre con el auge del ideario manicomial y el ritmo concreto que experimentó la construcción de asilos a lo largo del siglo XIX. En este punto, Goldstein remite nuevamente a la persistente influencia de la doctrina del aislamiento y a la naturaleza básicamente conservadora del reformismo doctrinario de la Monarquía de Julio, pero deja por explicar por qué la mayor intensidad en la inauguración de manicomios públicos se dio en Francia, al igual que en otros países, en el

²⁹ La referencia clásica en castellano sobre la aportación de Charcot al estudio de la neurosis y el hipnotismo es LÓPEZ PIÑERO, J.M., MORALES MESEGUER, J.M. (1970), *Neurosis y psicoterapia: Un estudio histórico*, Madrid, Espasa Calpe, especialmente pp. 170-197. Un importante estudio que se interesa particularmente por la contribución de la imagen al programa positivista de Charcot es DIDI-HUBERMAN, G. (1982), *Invention de l'hysterie: Charcot et l'iconographie de la Salpêtrière*, París, Macula.

³⁰ Cf. GOLDSTEIN (2001), pp. 361-377; y GOLDSTEIN, J. (1982), The hysteria diagnosis and the politics of anticlericalism in late nineteenth-century France, *Journal of Modern History*, 54, pp. 209-239. También pueden consultarse, en este sentido, EDELMAN, N. (2003), *Les métamorphoses de l'hystérique: Du début du XIXe siècle à la Grande Guerre*, París, La Découverte; o HUERTAS (2005), pp. 164-197.

³¹ De hecho, la cuestión del somaticismo militante de la medicina mental ha sido objeto de un notable interés historiográfico. Este interés se ha concretado en varias líneas de trabajo que, como cabría esperar de Goldstein, coinciden en interpretarlo en clave de profesionalización o identidad corporativa. Véanse, por ejemplo, JACYNA, L.S. (1982), Somatic theories of mind and the interests of medicine in Britain 1850-1879, *Medical History*, 26, pp. 233-258; el trabajo ya citado de DOWBIGGIN (1991); o BRASLOW, J. (1997), *Mental Ills and Bodily Cures: Psychiatric treatment in the first half of the twentieth century*, Berkeley CA, University of California Press.

inauguración de manicomios públicos se dio en Francia, al igual que en otros países, en el último cuarto del siglo, esto es, cuando su reputación terapéutica estaba ya muy mermada y los psiquiatras empezaban a vislumbrar nuevos ámbitos y esferas de intervención³².

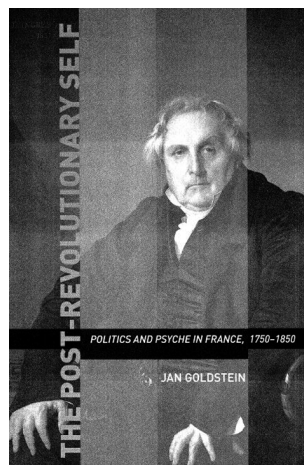
En cualquier caso, a finales del siglo XIX la medicina mental se había convertido ya en un actor social relativamente consolidado y, más allá de las funciones asumidas por de sus instituciones de internamiento, su forma de observar y ‘clasificar’ la conducta había ocupado una posición cultural muy relevante. Para entonces, concluye Goldstein, la mirada del psiquiatra —que el mismo M. Proust equiparaba con la de un juez o inquisidor— había penetrado

«en los tribunales, donde pudo transformar la criminalidad en monomanía; en las consultas privadas de los médicos, donde pudo convertir el malestar anímico en una histeria leve; e incluso en los cementerios, donde consiguió erradicar el pecado del suicida substituyéndolo por un trastorno mental moralmente neutro» (p. 383).

Y desde ese momento, como sabemos, las clasificaciones de la medicina mental nunca han dejado de acompañar, en franca progresión, al despliegue de la sociedad contemporánea.

II

Tal como reconoce Goldstein y conviene destacar aquí, el proyecto de historiar la evolución, las conexiones sociopolíticas y la proyección cultural de las doctrinas psicológicas en la Francia de los siglos XVIII y XIX que acomete en su nuevo libro surgió directamente de los trabajos de *Console and Classify*, y, más concretamente, del estudio de los debates generados por la categoría de la monomanía. Más allá de otras consideraciones específicas, una de las razones por las que la monomanía había encontrado tantas resistencias era su presunta afinidad con una visión materialista y fragmentaria del psiquismo y, con ello, su supuesto cuestionamiento de la unidad de un yo o *moi* definido en términos espirituales³³. De este modo, el rechazo a la monomanía testimoniaba la presencia en la cultura posrevolucionaria de un influyente discurso sobre la naturaleza unitaria e inmaterial del yo como elemento organizador de la interioridad psíquica, y



³² Cf. CASTEL (1980), pp. 281-309; HUERTAS, R. (1992), *Del manicomio a la salud mental: Para una historia de la psiquiatría pública*, Madrid, FISSS, pp. 69-109; y CAMPOS, R. (2001), De la higiene del aislamiento a la higiene de la libertad: La reforma de la institución manicomial en Francia (1860-1940), *Frenia*, I (1), pp. 37-64.

³³ Cf. GOLDSTEIN (2001), pp. 267-273.

expresaba una preocupación explícita en torno a la posibilidad de lo que Goldstein denomina su «fragmentación horizontal»³⁴. Pero, en realidad, este discurso no era sino un eslabón más de un largo proceso por el que, como consecuencia de las profundas transformaciones socioeconómicas experimentadas en el tránsito hacia la Modernidad, la problemática de la subjetividad se había visto investida de una intensa preocupación cultural y había adquirido incluso una clara dimensión política. Significativamente, un importante resultado de este proceso fue el desarrollo de toda una serie de formulaciones teóricas en torno al psiquismo que, al cabo de un tiempo, darían paso a la creación e institucionalización de la disciplina académica de la psicología³⁵. En síntesis, pues, la historia de las ideas psiquiátricas confrontó a Goldstein con la singular resonancia experimentada por los saberes psicológicos en la Francia pre y posrevolucionaria, pero éstos, a su vez, la remitieron a un contexto de constitución que permitía interrogarlos como un estadio específico en la historia cultural de la subjetividad.

Estas consideraciones permiten apreciar la complejidad y la ambición contenidas en *The Post-Revolutionary Self*. En primer lugar, el libro describe cómo, en relación con las mutaciones socioeconómicas provocadas por el progresivo dismantelamiento del orden corporativo y estamental del Antiguo Régimen, los ‘trabajos’ de la imaginación se convirtieron a lo largo del siglo XVIII en objeto de una persistente inquietud cultural. Como es sabido, de las tres facultades psíquicas reconocidas por el pensamiento ilustrado y sancionadas por los enciclopedistas (razón, memoria e imaginación), la imaginación era considerada por las doctrinas psicológicas de la época —y, muy particularmente, por el sensualismo— como la más vulnerable y problemática, como la principal puerta de entrada para el error y el origen de todo tipo de penalidades y aberraciones³⁶. De hecho, los supuestos riesgos de la imaginación no sólo incitaron a proscribir vehementemente prácticas como el onanismo³⁷ o la lectura de novelas

³⁴ «A diferencia de la fragmentación vertical, mucho más conocida, la horizontal no se define por la profundidad, la inaccesibilidad o el carácter inconsciente de los contenidos mentales. Antes bien, remite al estatus del yo en aquellas teorías psicológicas de inspiración biológica que conciben la mente como un agregado de elementos discretos, y que no disponen de recursos explícitos para agrupar estos elementos bajo una instancia central y unitaria» (GOLDSTEIN (2005), p. 5).

³⁵ Cf. GOLDSTEIN, J. (2003), *Bringing the psyche into scientific focus*. En *The Cambridge History of Science*, Volumen 7: *The Modern Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 131-153.

³⁶ Para una visión panorámica del pensamiento psicológico en la Edad Moderna puede consultarse VIDAL, F. (2006), *Les sciences de l'âme: XVIe-XVIIIe siècle*, París, Champion. Sobre el papel determinante atribuido a la imaginación por la teratología ilustrada, véase MOSCOSO, J. (2001), Los efectos de la imaginación: Medicina, ciencia y sociedad en el siglo XVIII, *Asclepio*, 53(1), pp. 141-171; o el trabajo ya citado de KAUFMANN (1995), pp. 51-53.

³⁷ El texto más conocido en este sentido es el del médico suizo S.-A. Tissot, publicado originalmente en 1760, en el que se afirma justamente que «un coito mesurado es saludable cuando lo pide la naturaleza, pero si está incitado por la imaginación debilita todas las facultades del alma y, sobre todo, la memoria» (TISSOT, S.-A. (2003), *El onanismo*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, p. 83). Véase, por lo demás, LAQUEUR, T.W. (2003), *Solitary Sex: A cultural history of masturbation*, Nueva York, Zone Books.

por parte de niños o mujeres³⁸, sino que condujeron a la articulación de un discurso que alertaba del potencial destabilizador de la individualización del *homo economicus* y de las prácticas crediticias requeridas por el capitalismo liberal. En este punto, Goldstein coincide en parte con el análisis económico que sobre la emergencia de la psicología como ciencia distintivamente burguesa propuso hace unas décadas J. Habermas³⁹, aunque se limita a mostrar cómo la disolución de la sociedad gremial —certificada en Francia por los célebres decretos de Turgot (1776)— generó toda una serie de ansiedades en torno a la solidez del psiquismo individual que estimularon decisivamente el desarrollo, las implicaciones socio-políticas y la proyección cultural del conocimiento psicológico.

En ese sentido, no ha de sorprender que, en el nuevo contexto poscorporativo, la misma epistemología sensualista que había puesto a la imaginación en la picota fuera inicialmente la encargada de proveer diversas estrategias para su estabilización. Con este fin, por ejemplo, los revolucionarios franceses —muy influidos por el ideario pedagógico de Rousseau— se apresuraron a implementar un ambicioso programa de «renovación de los escenarios de la vida cotidiana» (p. 80) que incluyó, entre otras medidas, la adopción de un nuevo calendario, la introducción de una uniformidad especial para los empleados públicos, cambios en la denominación de calles, plazas y espacios públicos, y, de forma característica, la celebración periódica de festivales cívicos⁴⁰. Asimismo, la República y el régimen napoleónico diseñaron, con la participación activa de A.-L.-C. Destutt de Tracy y otros Ideólogos, un curriculum para

³⁸ El propio Esquirol, que pensaba que las mujeres eran más proclives a la alienación, enumeraba entre las causas de su mayor vulnerabilidad «la profusión de novelas cuya lectura provoca en las jóvenes una actividad precoz agitando su imaginación, inspirándolas ideas de una perfección imaginaria que ansían adquirir, y desesperándose al no encontrarla en parte alguna» (ESQUIROL, J.E.D. (2000), *Sobre las pasiones*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, p. 83, original de 1805).

³⁹ La interpretación de Habermas, muy difundida, sitúa el origen de la psicología burguesa en la progresiva pérdida de relevancia económica de la institución familiar, que, despojada de su función productiva, empezó a asumir el carácter de un espacio privado orientado al cultivo de lazos afectivos íntimos y al despliegue de la interioridad de sus miembros. Cf. HABERMAS, J. (1994), *Historia y crítica de la opinión pública: La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 2.ª ed., pp. 80-88 (la edición original alemana es de 1962). Sobre los múltiples correlatos culturales de la escisión moderna entre la esfera pública y la privada y la redefinición de lo ‘doméstico’ que se opera a lo largo de los siglos XVII y XVIII es necesario consultar el imponente estudio de MCKEON, M. (2005), *The Secret History of Domesticity: Public, private, and the division of knowledge*, Baltimore MD, The Johns Hopkins University Press.

⁴⁰ Goldstein aporta diversas pruebas documentales que acreditan la fuerte presencia de la retórica sensualista en las discusiones legislativas del periodo revolucionario en torno a estas medidas. El mismo Mirabeau, por ejemplo, clamaba en uno de sus célebres discursos ante la Asamblea Constituyente que los gobernantes no deben apelar a principios abstractos como la justicia, la sabiduría o la verdad, sino que «deben hablar a los sentidos y a la imaginación del pueblo si quieren exaltar su entusiasmo por las instituciones». Cf. GOLDSTEIN (2005), pp. 73-87. Sobre las implicaciones políticas, ideológicas y pedagógicas de los festivales revolucionarios ha de consultarse el trabajo ya clásico de OZOUF, M. (1976), *La fête révolutionnaire 1789-1799*, París, Gallimard.

las nuevas *Écoles centrales* de educación secundaria en el que la enseñanza de los principios del sensualismo —particularmente, por medio de la «gramática general» propuesta por Condillac— ocupaba un lugar muy prominente⁴¹. Y conviene recordar que —como se nos explicaba en *Console and Classify*— éste fue también el periodo en el que se establecieron los principios del tratamiento moral que inspiraron el abordaje ‘ecológico’ del primer alienismo y el ideario terapéutico de las nuevas instituciones manicomiales.

En cualquier caso, la hegemonía del sensualismo —al menos en Francia⁴²— duró poco, y, sin duda, uno de los objetivos (y logros) centrales de la aportación de Goldstein consiste en mostrar de forma coherente las complejas razones por las que esto fue así. En concreto, su interpretación sugiere que las propias particularidades del sensualismo lo situaron a contracorriente de una serie de importantes desarrollos teóricos, culturales y sociopolíticos que, como prueba la progresiva difusión a lo largo del siglo XVIII del término ‘yo’ o *moi* como equivalente filosófico o versión secularizada del viejo concepto de alma (*âme*)⁴³, estaban promoviendo «un interés creciente por la totalidad formada por los contenidos psíquicos del individuo» (p. 118). De hecho, las ideas psicológicas de Locke y Condillac ya habían dejado insatisfechos a muchos de sus contemporáneos —incluyendo autores afines como el propio Rousseau o E.-J. Sieyès— justamente por su tendencia a considerar el psiquismo como un mero agregado de sensaciones carente de actividad y cohesión, esto es, por alentar una visión periférica, minimalista o incluso abiertamente negadora del yo⁴⁴. Así las cosas, una vez superado el periodo más convulso del proceso revolucionario y con el estímulo adicional que supuso el contacto con el idealismo alemán, algunos miembros destacados de la élite intelectual francesa se apresuraron a imprimir un acusado giro espiritualista a la reflexión filosófica y a otorgar al yo una centralidad en el discurso psicológico que, como veremos, resultaba mucho más afín con la mentalidad e intereses de la burguesía posrevolucionaria.

⁴¹ De hecho, la obra más conocida de Tracy, los *Eléments d'idéologie*, aparecida originalmente en 1801, fue concebida como un libro texto para la gramática general a impartir en las escuelas centrales.

⁴² Como es sabido, la psicología de inspiración empirista mantendría una influencia más prolongada en otros países como Inglaterra, donde el asociacionismo y el utilitarismo de D. Hartley, J. Bentham y J. Mill gozó de un amplio reconocimiento y difusión hasta bien entrado el siglo XIX. Véase, por ejemplo, GOLDSTEIN (2003), pp. 146-149.

⁴³ Como señala Goldstein (p. 352, n. 38), el espiritualismo francés decimonónico consideraría la introducción del término y su posterior difusión como un venerable legado cartesiano. En efecto, es en la Parte 4.^a del *Discurso del método* (1637) donde parece encontrarse una de las primeras menciones a «este yo (*moy*), es decir, el alma por la cual soy lo que soy».

⁴⁴ Este es el caso, por ejemplo, de la posición mantenida dentro de la tradición empirista por D. Hume. Para Hume, la idea del yo, al no corresponderse con ninguna impresión sensorial concreta, no es sino un simple producto de la imaginación, una suerte de «ficción» o «artificio» que confiere una ilusión de unidad a lo que, en realidad, no es más que una «colección de diferentes percepciones que se suceden las unas a las otras con una rapidez inconcebible y que se hallan en un flujo y movimiento perpetuo». Cf. *Tratado de la naturaleza humana*, especialmente Libro I, Parte 4.^a, § De la identidad personal.

A pesar de que gran parte de su obra no fue publicada hasta mucho después de su muerte, el autor que completó la síntesis más influyente en todo este proceso fue M.-F.-P. Gonthier de Biran, más conocido como Maine de Biran (1766-1824), a quien Goldstein reserva un lugar quizá excesivamente secundario en su relato⁴⁵. El interés de su figura radica, en primer lugar, en su condición de ser un autor de transición cuyo temperamento melancólico, vocación introspectiva y filiación aristocrática —realista toda su vida, tuvo que refugiarse durante los años del Terror en una hacienda de su propiedad en la que, emulando a Montaigne o La Rochefoucauld, vivió dedicado a la especulación filosófica y a la redacción de un minucioso *journal intime*— lo vinculan a la «prestigiosa familia francesa de *méditatifs interieurs*» (Sainte-Beuve) que, procedentes de una nobleza paulatinamente desposeída de su antiguo poder económico, social y político, buscaron consuelo en la indagación sistemática de sí mismos⁴⁶. Pero, además, Maine de Biran supo articular y difundir a través del selecto grupo de discípulos que reunió durante años en su propia casa una alternativa a la ortodoxia sensualista cuyos elementos distintivos eran justamente la postulación del yo como una instancia unitaria y un «hecho primitivo» previo e independiente de los datos de los sentidos; el énfasis en la conciencia como un dominio privilegiado de experiencia interna accesible por medio de la introspección; y la asimilación del psiquismo al «esfuerzo voluntario», esto es, la atribución al yo de un carácter activo que subraya su eficacia causal y la comprensión moral del hombre como agente libre⁴⁷.

De forma similar a lo ocurrido con Pinel, esta alternativa espiritualista encontró su Esquirol en la figura del joven profesor de filosofía Victor Cousin (1792-1867), que, junto a P.-P. Royer-Collard, G. Cuvier o el mismo F. Guizot, participó en la sociedad filosófica de Maine de Biran y ocupó de forma precoz una posición muy influyente en la vida académica

⁴⁵ Compárese sino con la importancia atribuida a Maine de Biran en otras obras generales sobre la historia de la psicología francesa como MUELLER, F. (1963), *Historia de la psicología*, México, FCE, pp. 301-316.

⁴⁶ La gran importancia de esta conexión entre aristocracia expropiada, melancolía y promoción de la interioridad en el proceso de constitución de la subjetividad moderna ha sido puesta de manifiesto por el sociólogo e historiador de la ciencia alemán Wolf Lepenies en un importante estudio que Goldstein no cita y que, inexplicablemente, no ha sido traducido todavía al castellano. Cf. LEPENIES, W. (1969), *Melancholie und Gesellschaft*, Francfort, Suhrkamp. Sobre las aportaciones concretas de los miembros más destacados de este linaje —que incluye a Montaigne, Descartes, Pascal, La Rochefoucauld o el mismo Rousseau— véase, por ejemplo, BÜRGER, BÜRGER (2001), pp. 29-50, 87-101 y 141-153.

⁴⁷ Este último punto parece haber sido especialmente relevante para Maine de Biran, que llegó a relacionar los errores morales de su época con la epistemología sensualista y la «fragmentación horizontal» del yo. En este sentido, sus observaciones avalan de forma explícita la conocida tesis de Ch. Taylor, para quien el despliegue de la interioridad moderna debe entenderse en el marco del desarrollo histórico de la conciencia moral, es decir, como un correlato de los esfuerzos continuados del ser humano por definir y alcanzar la virtud. Cf. TAYLOR (1996), pp. 15-123. Para un tratamiento más detallado del pensamiento psicológico de Maine de Biran, véase AZOUVI, F. (1995), *Maine de Biran: La science de l'homme*, París, J. Vrin.

francesa. Desde su cátedra de Historia de la Filosofía en la Sorbona, Cousin forjó un nuevo «eclecticismo» filosófico en el que buscó acomodo al legado *biraniano* en el marco de una peculiar amalgama de cartesianismo, idealismo alemán y filosofía escocesa del sentido común —y de un intenso compromiso político con el liberalismo conservador posrevolucionario—. En este sentido, Goldstein reconstruye con gran solvencia y acierto la explícita filiación doctrinaria de los principios de la nueva psicología ecléctica, subrayando en todo momento la impronta elitista del yo *cousiniano* y la naturaleza ‘moderada’ de la introspección que debe facilitar su aprehensión: un yo sustancial y apriorístico que constituye una propiedad íntima, indivisible e inalienable de su poseedor, el cual, dada la escasa capacidad reflexiva de las mujeres y las masas, sólo puede ser el ciudadano varón y acomodado; un yo, en definitiva, revolucionario pero conformista, *i. e.*, esbozado a la medida del burgués que actúa con plena conciencia de sí mismo y de su posición social, pero cuyo examen introspectivo sólo debe arrojar resultados predecibles⁴⁸.

Consciente de su escasa originalidad como pensador, pero dotado de un extraordinario talento organizativo y una intensa vocación política, Cousin —que llegó a ser ministro de instrucción pública durante la Monarquía de Julio— siempre concibió lo esencial de su tarea como «la producción y reproducción pedagógica de esta subjetividad burguesa» (p. 151), y, de hecho, obtuvo un éxito rotundo en la institucionalización académica y en la difusión de su doctrina. Recurriendo nuevamente a su modelo del patronazgo, Goldstein rastrea las múltiples actividades de tipo ‘promocional’ emprendidas por Cousin, entre las que cabe destacar su participación activa en el nuevo diseño del currículum educativo de los liceos promovido por Guizot⁴⁹; la formación de una extensa cohorte de discípulos que diseminó por toda Francia y que, en algunos casos, contribuyeron a la difusión de la nueva ortodoxia por medio de la redacción de manuales y libros de texto de amplio uso⁵⁰; y la publicación de un canónico

⁴⁸ Cf. GOLDSTEIN (2003), pp. 143-146, y GOLDSTEIN (2005), pp. 156-181.

⁴⁹ De acuerdo con el decreto hecho público el 28 de septiembre de 1832, la enseñanza de la filosofía en los liceos debía iniciarse con una extensa sección de «psicología» cuyos contenidos fueron directamente propuestos por Cousin. Teniendo en cuenta el carácter elitista y masculino de la educación secundaria francesa hasta finales del siglo XIX, Goldstein concluye que la diseminación del yo *cousiniano* se convirtió en un indicador de estatus social equiparable, por ejemplo, al conocimiento del latín durante la Edad Moderna. Cf. GOLDSTEIN (2005), pp. 184-194. En este sentido, es interesante recordar que la institucionalización académica de la psicología siguió un proceso similar en otros países. En España, por ejemplo, el Plan Pidal de 1845 introdujo —también en el currículum de la nueva educación secundaria— una asignatura denominada «Principios de psicología, ideología y lógica», cuyos primeros manuales, además, fueron meras correas de transmisión de los mismos postulados *cousinianos*. Véase PESET, M., PESET, J.L. (1974), *La universidad española (siglos XVIII y XIX): Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, Taurus, pp. 588-597 y 635-642.

⁵⁰ Inspirándose en la estrategia seguida por M. Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de examinar la diseminación popular del calvinismo recurriendo al estudio de textos pastorales y manuales populares, Goldstein presta una atención especial a estos materiales, que familiarizaron al estudiante común con los planteamientos *cousinianos* y, muy especialmente, con la práctica de la observación interior. Cf. GOLDSTEIN (2005), pp. 195-202.

Dictionnaire des sciences philosophiques (1844-52) en seis volúmenes que vio la luz con la aspiración de convertirse en un símbolo del renacimiento de la filosofía y de su equiparación con otras ciencias en el marco del nuevo orden burgués⁵¹. Por lo demás, y teniendo en cuenta el interés por las «tecnologías del yo» que late en *The Post-Revolutionary Self*, el análisis de la implantación de la psicología *cousiniana* —cuya posición de privilegio en el sistema educativo francés se extendería hasta bien entrado el siglo XX— se completa con una documentada valoración de su asimilación cultural y de las prácticas de subjetivación a que dio lugar. Con este fin, Goldstein recurre, en primer lugar, a un rico material de archivo (como exámenes escolares de filosofía o la voluminosa correspondencia de Cousin con sus propios discípulos) que le confirma el carácter programático pero escasamente ambicioso de la introspección *cousiniana*⁵², ofreciendo a continuación un interesante estudio de caso que le permite exponer los rasgos distintivos de la *vie intérieure* alentada por la psicología ecléctica frente a otros modelos de reflexividad.

Este estudio de caso concierne la figura del escritor, filólogo, filósofo e historiador de origen bretón Ernest Renan (1823-1892), que recibió en las décadas de 1830 y 1840 una estricta educación católica en varios seminarios parisinos y que, poco después, abandonó la carrera eclesiástica para dedicarse a la vida académica. Renan, poseedor de un talento natural para la observación de sí mismo y una gran agudeza filosófica⁵³, tuvo un contacto muy estrecho con el espiritualismo místico de la llamada escuela berulliana⁵⁴, y su expe-

Curiosamente, Cousin no publicó sino muy tardíamente un libro de texto destinado a difundir su doctrina entre los estudiantes y el público en general (*Du vrai, du beau, du bien* (1853)).

⁵¹ Significativamente, el modelo para esta iniciativa lo proporcionó el monumental *Dictionnaire des sciences médicales* (60 volúmenes) editado entre 1812 y 1822 por C.L.F. Panckoucke y al que se alude en la nota 24.

⁵² En opinión de Goldstein, esta contención ha de verse justamente como una de las principales razones de su éxito cultural y, por otro lado, es muy reveladora de su función ideológica y su filiación de clase. El *cousinianismo*, de hecho, no requería un particular virtuosismo psicológico ni concebía el conocimiento introspectivo como una «forma de vida o un medio para desplegar un proceso continuado de desciframiento del yo», sino que, antes bien, «solidificaba y conformaba un sentido de uno mismo preexistente e implícito en una determinada posición social» (Cf. GOLDSTEIN (2005), pp. 218-228).

⁵³ En este sentido, no está de más señalar que Renan parece haber sido consciente desde muy joven de que el desarrollo de la conciencia psicológica constituye uno de los síntomas centrales de la Modernidad. En una temprana anotación en su diario personal llega a sugerir que «lo que caracteriza la era moderna es la reflexividad radical, el repliegue sobre uno mismo. En el ámbito de la filosofía, la psicología lo es todo (V. Cousin, 1818, Lección 1). En literatura, hemos dejado de contar historias a la manera de Homero y la Biblia y, en lugar de ello, nos dedicamos a describir impresiones y sentimientos» (citado por GOLDSTEIN (2005), p. 235).

⁵⁴ La escuela *berulliana*, también conocida como escuela espiritualista francesa, constituyó un importante movimiento místico de la contrarreforma cuyos principios, originalmente formulados por el cardenal Pierre de Bérulle (1575-1629), mantuvieron una renovada vigencia en los seminarios católicos del siglo XIX. Dentro de esta tradición, el texto formativo clave en términos de subjetivación fue el *Catéchisme chrétien pour la vie intérieure*, redactado en 1656

riencia personal le permitió registrar y contrastar las particularidades de la interioridad religiosa con las de la actividad introspectiva promovida por la nueva ciencia psicológica. Así, frente a una introspección siempre «mediada» y calculada para generar un espacio íntimo en el que alojar la experiencia religiosa o, incluso, inducir un estado de plenitud moral caracterizado por la anulación del propio yo, el joven Renan acabó decantándose de forma explícita por el cultivo de un yo plenamente secular como el *cousiniano*, esto es, un yo cuya actividad ya no depende de la presencia ni está al servicio del encuentro con Dios. De este modo, su caso ilustra de forma ejemplar las relaciones y la contraposición entre la vía religiosa y psicológica de acceso a la interioridad⁵⁵, y permite entender la abierta hostilidad con que numerosos pensadores católicos del siglo XIX acogieron las aportaciones de la nueva ciencia psicológica.

Finalmente, Goldstein corona su relato con una exposición del importante contrapunto que, con respecto al auge del espiritualismo burgués, supuso la expansión de la frenología durante la primera mitad del siglo XIX. Nuevamente, su atención se centra no sólo en los aspectos doctrinales, sino también en la afiliación sociopolítica y la proyección cultural de una teoría que, como es sabido, representó la culminación de un proceso paralelo a la emergencia del sujeto psicológico a lo largo de la Edad Moderna por el cual la actividad psíquica y la identidad personal habían sido progresivamente localizadas en el cerebro⁵⁶. Con la presencia de F.-J. Gall y J.C. Spurzheim, la frenología experimentó una amplia y temprana difusión en suelo francés, pero, acusada de promover una visión «materialista y fatalista» del ser humano, acabó siendo mayoritariamente rechazada por el *Establishment* académico. Curiosamente, este rechazo, unido a su «saludable superficialidad», la convirtieron en una doctrina extremadamente popular entre las clases medias y bajas de la época —que la conocieron a través de «cursos libres», folletos o almanaques populares— y la impulsaron a asumir una clara filiación progresista⁵⁷. Además, su concepción pluralista

por el abate Jean-Jacques Olier y que tuvo numerosas reediciones a lo largo del ochocientos. Cf. KRUMENACHER, Y. (1998), *L'école française de spiritualité*, Paris, Cerf.

⁵⁵ De todos modos, la importancia de la contribución histórica del cristianismo al proceso de constitución de la subjetividad moderna, ya intuida ferozmente por Nietzsche, ha sido subrayada por una larga lista de autores que pasa por Taylor o el mismo Ortega. Ambos, por ejemplo, atribuyen a San Agustín nada menos que la formulación paradigmática de la «reflexividad radical» que caracteriza al sujeto moderno. Cf. ORTEGA Y GASSET, J. (1985), *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Alianza, pp. 135-150 (original de 1957); y TAYLOR (1996), pp. 127-158.

⁵⁶ Una interesante síntesis de este proceso puede leerse en VIDAL, F. (2005), *Le sujet cérébral: Une esquisse historique et conceptuelle*, *Psychiatrie-Sciences Humaines-Neurosciences*, 3(11), pp. 37-48. Para una revisión de los principales supuestos de la doctrina frenológica véase LANTÉRI-LAURA, G. (1970), *Histoire de la phrénologie: L'homme et son cerveau selon F.-J. Gall*, París, PUF.

⁵⁷ De este modo, Goldstein corrobora para el caso francés los resultados de otros trabajos ya clásicos sobre el carácter popular y la filiación progresista de la frenología en otros lugares como SHAPIN, S. (1975), *Phrenological knowledge and the social structure of early nineteenth-century Edinburgh*, *Annals of Science*, 32, pp. 219-243; o COOTER, R. (1984), *The*

y policéntrica del funcionamiento cerebral la llevó a promover un patrón de reflexividad puntillista o fragmentario que eludía cualquier referencia al conjunto del psiquismo o discurso sobre el yo, de manera que algunos partidarios franceses como F.-J.-V. Broussais o el mismo A. Comte pudieron describir a éste como un simple residuo del pensamiento metafísico que el nuevo espíritu positivo debía contribuir a superar⁵⁸.

En este sentido, el contrapunto frenológico resulta de gran interés para advertir la relevancia del yo *cousiniano* como problema histórico y el lugar que cabe atribuirle en el marco de la evolución de los saberes psicológicos y del largo y complejo proceso de constitución de la subjetividad moderna. Como es sabido, a finales del siglo XIX, la psicología positivista y el psicoanálisis actualizaron nuevamente las amenazas de fragmentación y disolución del yo representadas previamente por el sensualismo y la frenología. De este modo, si —en una visión de *longue durée*— la instauración del sujeto psicológico moderno ha corrido pareja con el desarrollo de toda una serie de saberes que, merced a la naturalización de la conciencia o al descubrimiento del inconsciente (el positivismo o la sospecha), han acabado señalando justamente las escisiones y fracturas que comprometen la autodisposición y coherencia de ese mismo sujeto⁵⁹, el espiritualismo *cousiniano* aparece como un proyecto singular destinado a contener, en nombre del orden social burgués, las fuerzas tendentes a la fragmentación del psiquismo implícitas en el despliegue de la ciencia moderna. Y su historia, como Goldstein muestra admirablemente en las páginas de *The Post-Revolutionary Self*, constituye un episodio paradigmático no sólo de la instrumentalización ideológica de la ciencia psicológica, sino de la necesaria inclusión de ésta en el marco más amplio de la historia cultural de la subjetividad.

Estas consideraciones permiten apreciar, por último, no sólo el valor intrínseco de la transición de la historia de la psiquiatría a la historia de la subjetividad que Goldstein consume con sus dos trabajos, sino la complementariedad entre ambos que se desprende de su lectura conjunta. Si, como hemos visto, *Console and Classify* caracterizaba el alienismo como una estructura de saber-poder vinculada al despliegue del poder disciplinario, otro tanto puede decirse, en realidad, del espiritualismo psicológico burgués. Y, si *The Post-Revolutionary Self* nos presenta a éste como un marco científico de autocomprensión que forzó a los individuos a establecer unas determinadas relaciones consigo mismos, algo similar puede decirse de las clasificaciones elaboradas pacientemente por la medicina mental. En cierto modo, pues, la historia de la subjetividad no puede prescindir

Cultural Meaning of Popular Science: Phrenology and the organization of consent in nineteenth-century Britain, Cambridge, Cambridge University Press.

⁵⁸ En este punto es interesante recordar la influyente crítica de la «observación interior» ofrecida por Comte en su monumental *Curso de filosofía positiva* (1830-1842). En su opinión, el método introspectivo es necesariamente defectuoso, pues, «para poder ser observado, el intelecto debe suspender su actividad; pero es justamente esta actividad lo que se pretende observar». Comte, por lo demás, describió el *cousinianismo* como una «deplorable manía psicológica» carente de cualquier valor científico. Cf. GOLDSTEIN (2003), pp. 142-143.

⁵⁹ Para una reflexión de conjunto sobre este carácter constitutivo y, a la vez, paradójico de las relaciones entre la subjetividad moderna y los saberes psicológicos, véase NOVELLA, E.J. (2007), Construcción y fragmentación del sujeto psicopatológico, *Archivos de psiquiatría*, 70, pp. 9-24.

de la exploración ‘genealógica’ del contexto cultural que ha posibilitado la formación de las disciplinas psicológicas modernas, pero tampoco puede obviar el hecho de que, a lo largo de la Modernidad, los distintos saberes psicológicos han condicionado de forma decisiva el modo en que los individuos se conciben y actúan con respecto a sí mismos. La historia de la psicología y la psiquiatría, en definitiva, no puede prescindir de la historia cultural de la subjetividad, pero ésta, a su vez, no puede obviar la evolución y la extraordinaria proyección de la ciencia psicológica en la cultura contemporánea⁶⁰. Llegados a este punto, nada mejor que recordar el testimonio de alguien como J.-P. Sartre, quien, todavía formado en la ortodoxia *cousiniana* imperante durante decenios en los liceos franceses, recordaba al final de su vida el impacto que le supuso en su juventud el encuentro con la obra de Freud:

«Cuando has concluido el bachillerato con diecisiete años y con el ‘pienso, luego existo’ cartesiano como tu texto de cabecera y abres la *Psicopatología de la vida cotidiana* y lees el famoso episodio de Signorelli con sus substituciones, combinaciones y desplazamientos [...], cuando lees todo eso, sencillamente se te corta la respiración»⁶¹.

⁶⁰ Conclusiones similares para la historiografía de la subjetividad se sugieren en el extraordinario artículo de VIDAL, F. (2002), Brains, bodies, selves, and science: Anthropologies of identity and the resurrection of the body, *Critical Inquiry*, 28, pp. 930-974 (especialmente pp. 971-974). Vidal alude expresamente al «nominalismo dinámico» de I. Hacking y a su concepto de «clases interactivas» como una propuesta teórica que puede orientar provechosamente futuros estudios sobre el impacto cultural de los conceptos y clasificaciones de la psicología y la medicina mental. Véase, en este sentido, HACKING, I. (2001), Locura: ¿biológica o construida?. En *¿La construcción social de qué?*, Barcelona, Paidós, pp. 169-205.

⁶¹ El testimonio de Sartre procede de una entrevista publicada en el *New York Review of Books* el 26 de mayo de 1970, y es citado por Goldstein tanto al inicio como al final de su libro (GOLDSTEIN (2005), pp. 3 y 316).